

VENIDERO
CACHIVACHE

Marta llegó y se resguardó en el saliente del edificio cuando las livianas gotas de lluvia comenzaron a limpiar los adoquines de aquella calle decimonónica. La tienda permanecía aún cerrada, aunque los mensajes de la que esperaba que fuera su futura jefa le dijeran que quedarían allí a las nueve de la mañana. De su riñonera sacó una bolsa de tabaco magreada, en la que la marca y todos los colores quedaban desdibujados y blanqueados. Dispuso la boquilla entre sus labios pintados de un apagado rojo y comenzó a jugar con los dedos para conformar un cigarrillo.

Dando la primera calada y alzando la vista, observó al gentío yendo a su izquierda y derecha. Vidas se entrecruzaban. Un ejecutivo de traje y paraguas negro dando grandes zancadas, el ceño fruncido y parecía que abrigando un secreto inconfeso. Una mujer abrazando la cintura de su novio y riéndose tras quitarle la gotita de agua que se deslizaba suavemente por su nariz. El rostro de un chiquillo en el que lágrimas y lluvia se confundían implorándole a la madre, que agarraba la pequeña mano con firmeza, no ir a la escuela. Turistas olvidadizos que giraban con vehemencia el mostrador triangular de imanes fuera de una tienda de suvenires y señoras que se paraban ante el cristal de una tienda de ropa para ver aquel vestido largo acabado en unos volantes o esos tacones de altura vertiginosa. Lo único que parecía iluminar la calle era la cafetería situada a la derecha de donde estaba situada ella, con un candor anaranjado que destacaba sobre la mañana nublada, aún más encubierta y lúgubre por la espesa contaminación de la ciudad. Bajo la visera de su gorra verde con serigrafía de motivos florales, la sonrisa de Marta apareció junto a dos arrugas verticales a ambos lados de las comisuras de su boca. Se sentía bien sonriendo de nuevo.

Miró el móvil. Habían pasado ya unos minutos desde la hora acordada. Mientras se convencía sobre si liarse otro cigarro, volvió la vista hacia la tienda. Sabía que era una juguetería a juzgar por la oferta de trabajo y el rótulo de grandes letras anunciando “JUGUETES GRACIÁN” que podía avistarse desde el principio de la calle. Aun así, se quedó prendada de los pósteres que estaban pegados sobre la doble puerta acristalada del local: un anuncio de coches deportivos en miniatura sobre raíles que prometía a todos los chicos una recreación fidedigna y emocionante de una carrera en el salón de tu casa; la promoción de muñecos bebés mostrando a uno con la faz plastificada, eternamente suave y eternamente joven mirando con ojos vacíos a una niña de coletas rubias que lo sostiene; un descuento de puzzles con un fondo estrellado que destacaba el nuevo precio. Marta asumió que eran antiguos no solo por las manchas amarillentas que moteaban la superficie

de los pósteres o el desconocimiento de las marcas que se publicitaban más allá de los recuerdos de sus padres, sino también por anuncios de conciertos en los que, seguramente, algún integrante de los grupos mencionados estaría muerto.

Lo que intuía que era un largo y huesudo dedo tocó su hombro.

- ¿Te importa? —dijo una voz ronca como si el aire de la garganta tuviese que sortear una chatarrería. Marta dio un respingo y se giró con el corazón aun intentando bombear algo de sangre después del susto. Justo antes del contacto había vuelto a fijarse en los ojos vacíos de aquel muñeco de plástico.
- Sí, sí, perdona.... —tuvo que bajar su vista para ver un rostro arrugado que se asemejaba a un acordeón en pausa. La mujer, aun más baja que Marta, llevaba un chaleco de visón de manchas parduzcas y un vaquero azul apretado, terminado en unas botas altas.

Era Maricruz, la mujer con la que había contactado para conseguir el puesto de dependienta en la juguetería. Marta lo supo porque en su mente se sucedió una comparativa entre la señora que tenía enfrente y la foto de perfil que aparecía en la conversación del móvil. Parecía más

- Si me permites, dame un momento.... —Marta titubeó y se apartó hacia uno de los lados sin renunciar a la protección del saliente del edificio. La pequeña señora agarró el bolso que le colgaba de una larga tira y le llegaba casi hasta los tobillos. Supuso que estaba buscando las llaves a tenor del incesante ruido metálico.

Dio un seco empujón a una de las puertas cuando encontró la indicada. Los marcos crujieron, pero no cedió. Se giró y le pidió a Marta que se apoyase junto a ella para embestirla. Una, dos, tres....

- ¡Magnífico! —expresó Maricruz con un leve resoplido, intentando fingir que su tobillo no estuvo a punto de capitular mientras trastabillaba al interior de la juguetería. Irguiéndose tras el esfuerzo, parecía que las vertebrae de aquella vetusta señora se recomponían como el estiramiento mañanero de un ciempiés.

La chica de la gorra comenzó a toser. Las motas de polvo acumuladas durante largo tiempo en aquel local acudieron a la llamada de su garganta, pegándose como lapas en las carnales paredes. Se tapó la boca con una de las mangas de su chaquetón, intentando reducir el ataque de tos y ocultando el rubor que comenzaba a surgir. A oscuras, solo con

la luz que se filtraba de la sucia cristalería y de la puerta entreabierta, el ruido gutural parecía ascender e incluso encontrar un eco. Marta se concentró en aquel sonido y sus reverberaciones esperando que remitiese.

Unas luces blanquecinas iluminaron como un fogonazo el ámbar de los ojos de Marta. Con la mano que le quedaba libre cubrió el resto de su rostro. Se asemejaba a una figura juvenil, miedosa en un solitario bosque del lobo que estaba a punto de atacarla.

-Bueno, bienvenida seas a Juguetes Gracián —dijo Maricruz subiendo unas escuetas escaleras.

.....